
LA REGIÓN MISIONERA ENTRE LOS SIGLOS XVII Y XVIII COMO SISTEMA DE ORGANIZACIÓN ESPACIAL

THE MISSION REGION BETWEEN XVII-XVIII CENTURIES AS SPATIAL ORGANIZATION SYSTEM

Sergio Luís Alberto Páez¹

RESUMEN: El conjunto de pueblos de las regiones del Paraná y del Uruguay formaron parte de un territorio denominado Región Misionera, donde la acción cultural evangelizadora, llena una de las más interesantes páginas de la historia de la Compañía de Jesús y de la Historia Universal.

Cada área de implantación de las reducciones jesuítico-guaraníes tuvo un río como columna vertebral. En este sentido los ríos Paraná y Uruguay, no fueron entendidos como una fisura o un límite a ser franqueado, sino como una parte fundamental del territorio donde serían fundadas ciudades-pueblos, integrantes de un sistema de organización espacial, con objetivos estratégicos.

Palabras clave: Región Misionera, organización espacial, territorio.

ABSTRACT: All the peoples of the regions of the Paraná and Uruguay were part of a territory called the Mission Region, where cultural evangelizing action, filled one of the most interesting pages in the history of the Society of Jesus and the Universal History.

Each area of implementation of the Jesuit-Guarani reductions had a river as the backbone. In this sense the Paraná and Uruguay rivers, were not understood as a crack or a limit to be crossed, but as a fundamental part of the territory where they would be city-based people as part of a system of spatial organization, with strategic goals.

Key words: Region Mission, spatial organization, territory.

Introducción

Para el filósofo griego, Aristóteles la ciudad es una cosa natural puesto que el hombre es un animal cívico. Pero en el continente americano, la decisión de fundar una ciudad implicó toda una serie de decisiones geográficas, estratégicas, económicas, etnográficas, sociales y religiosas que significaban la instalación de la cultura europea en un ámbito, por lo menos, extraño.

En esencia, la organización espacial se basó en la implementación de asentamientos sobre flujos de circulación. La apropiación del territorio tuvo dos perfiles nítidamente diferenciados. El primero caracterizó a las ciudades proyectadas para ser habitadas por europeos. Por un lado, hubo una decisión micro-regional que tuvo en cuenta los elementos básicos de supervivencia como la posibilidad de tener tierras para cultivar o apacentar el ganado. Por otro, el hecho urbano significó una toma de decisión macro-regional considerando su rol en la apropiación de vastos territorios.

En ambos casos el europeo requirió de indios y esclavos negros para resolver las tareas más forzadas. El eurocentrismo aplicado en la evangelización del indígena, justificación de la encomienda, tuvo como consecuencia la explotación y una gran mortandad, que se incrementó por la falta de anticuerpos a las enfermedades traídas por los conquistadores.

Por eso a comienzos del siglo XVII los españoles, relativamente, habían avanzado en la colonización pero la escasez de habitantes, causada por la falta de riquezas en metales preciosos, condicionó el afianzamiento del sistema.

¹ Licenciado y Profesor en Geografía – USal/I.S.A.R.M

Doctorando en Geografía-Universidad del Salvador. Docente del Departamento de Geografía del Instituto Superior “Antonio Ruiz de Montoya”, Liceo Naval “Almirante Storni” y del I.S.Fo.Te.P. Posadas-Misiones.

Las Reducciones o Misiones Jesuíticas

En 1617, la Corona Española no estaba conforme y cambió la estructura administrativa al decidir la formación de la gobernación de Buenos Aires. Poco después la declaración de la ciudad de Santa Fe como puerto preciso para el cobro de impuestos originó continuas fricciones entre la nueva gobernación y la del Paraguay (llamada temporariamente del Guayrá), con asiento en Asunción. La álgida situación existente reclamaba nuevas alternativas.

De aquí devino el segundo perfil de fundación de ciudades. En esta etapa, el factor de ocupación del territorio más dinámico fue el de las reducciones de indios, una forma particular de intentar la incorporación de la población autóctona a la estructura colonial. La Corona Española decidió subvencionar a los misioneros con el propósito de explorar y terminar de definir la territorialidad que daban los tratados con Portugal. Los pueblos misioneros debían delinear una frontera, ocupando de hecho una extensa área que había sido determinada con cartas geográficas imprecisas en las dimensiones.

Para ello, los indios fueron reconocidos como habitantes con derechos civiles. Desde el punto de vista jurídico, una vez que se impidió oficialmente la utilización casi esclava de la mano de obra indígena, por las Ordenanzas de Alfaro, también se sustituyó la encomienda a los españoles por la encomienda al Rey.

Mientras tanto, ante estas medidas de la Corona reaccionaron los españoles aliándose con los portugueses, había una gran necesidad de mano de obra en las haciendas y en las minas. Esto produjo las condiciones para la formación de ejércitos de cazadores de esclavos, tentados por la concentración de indios en las misiones. Con el tiempo el resultado del avance o retroceso de estos grupos llamados bandeirantes o mamelucos fue trazado el límite del territorio evangelizado por los jesuitas, el que posteriormente sería la base para la declinación de la frontera entre los reinos de España y Portugal.

Con respecto al segundo perfil de organización espacial se destacaron, por su resultado, las Misiones jesuítico-guaraníes. En conjunto los pueblos de las regiones del Paraná y del Uruguay formaron parte de un territorio que denominamos como región misionera. Desde el punto de vista institucional, en ningún momento los jesuitas intentaron otorgarle un carácter propio o independiente del sistema colonial. El conjunto de los pueblos, según la época, formó parte de la Gobernación del Río de la Plata o la de Paraguay. La integración de los pueblos, más que político-institucional, sería esencialmente cultural. El factor que le transmitió identidad al conjunto fue el respeto por la tradición indígena y la calidad de la experiencia jesuítica-guaraní.

Cada área de implantación de reducción tuvo un río como columna vertebral. En nuestra región el río Paraná no fue entendido como una fisura, un límite a ser franqueado, sino estrictamente como una parte fundamental del territorio con respecto a la necesidad

de desplazamiento en función de la guerra, el comercio y las comunicaciones. El territorio paranaense era experimentado como un espacio integrado, teniendo especialmente presente que tanto la margen izquierda como la derecha pertenecían a los Reyes de España.

La ciudad constituye una forma particular de organización del espacio. En este sentido se puede afirmar que hubo un sistema misionero de pueblos-ciudades funcionalmente complementario del sistema colonial.

Con esta idea básica el espacio denominado región del Paraná se fue estructurando poco a poco en base a un profundo conocimiento de la cartografía.

Es posible considerar que el verdadero causante de la contigüidad de los asentamientos y de los territorios misioneros fue la presión de los portugueses cazadores de esclavos. Pero esto no es exactamente preciso. Los jesuitas reflexionaron largamente la ubicación de cada uno de los pueblos y de sus zonas productivas circundantes. En muchos casos hubo errores en las ubicaciones designadas, como en el caso de San Cosme o en Corpus, que debieron reasentarse por haber estado rodeados de aguas empantanadas causantes de enfermedades.

Pero siempre se prefirieron tierras altas desde donde se podía divisar los asentamientos vecinos y estructurar un sistema de provino de agua y de desagües, por las pendientes, para hacer habitable el lugar.

La premisa de la planificación regional fue lograr un reparto equitativo de las tierras. En principio, la fundación de una reducción no tuvo más de cinco leguas de distancia con respecto a la más cercana y precedentemente formada. Posteriormente, los territorios de cada reducción debieron extenderse proporcionalmente al crecimiento demográfico de las poblaciones.

En la Laguna de Santa Ana (del Iberá) el Padre Roque González de Santa Cruz instauró una reducción cuya población posteriormente pasó a formar parte del pueblo franciscano de Iratí. El pueblo de Yaguapoha también fue fundado por el mismo sacerdote. Mientras la reducción de Itapúa continuaba incorporando gente, una epidemia suscitada en Yaguapoha también destruyó prácticamente el asentamiento; los sobrevivientes se integraron al pueblo de Corpus. Este pueblo se fundó en la margen derecha, pero por razones estratégicas se lo pasó a la banda izquierda adonde, por salubridad y necesidad de mayor superficie para sus estancias, tuvo dos traslados más.

Los pueblos que provenían del Guayrá (hoy Estado de Paraná-Brasil)-San Ignacio Miní y Loreto-en 1631/32 se ubicaron, tras el histórico éxodo conducido por el Padre Antonio Ruiz de Montoya, también un estudioso del guaraní, sobre la ribera izquierda del Paraná (en la provincia de Misiones).

Poco tiempo después también se ubicarían en la región los pueblos procedentes de la Banda Oriental del río Uruguay, entre ellos del Tapé. Candelaria lo hizo primero en la margen derecha, en un lugar cercano a Itapúa; luego pasó en otro traslado a su ubicación

definitiva, donde el río poseía menor anchura. De esta manera se conformaría un paso (cruce del río) que tendría gran importancia durante muchísimos años.

En principio, a San Cosme y Damián se lo ubicó cerca de Candelaria, luego a este pueblo se lo trasladó a algunas leguas para impulsar su desarrollo y posteriormente se lo ubicó en la margen derecha (Paraguay). Otros pueblos también se instalaron en el Paraná, como Santa Ana. En la sub-plataforma misionera se ubicaron San Carlos y Apóstoles.

La estructuración de la región del Paraná sería el punto de apoyo y la base para el delineado de la región del Uruguay. En la banda derecha del río Uruguay se fundó Nuestra Señora de la Limpia Concepción y más al sur, Nuestra Señora de los Reyes o Yapeyú. Sobre la margen izquierda, San Nicolás, pueblo que debió ser trasladado durante algunos años a la Mesopotamia para retornar luego a la Banda Oriental, junto a San Miguel. Alrededor de los pueblos considerados como originados se ubicaron todos los demás.

Asimismo, se integraron a este conjunto de asentamientos aquellos procedentes del Iguazú, como la reducción de la Natividad de Acaray (que se dividió integrándose por partes a Corpus e Itapúa) y el de Santa María, que se unió a otro por algunos años y después recuperó su autonomía en uno de los traslados masivos. De entre los pueblos fundados o trasladados sobre las márgenes del río Paraná el que se destacó por su desarrollo fue el de Encarnación de Itapúa; su estancia, formada con ganado traído desde Asunción, aportó a todos los grupos de indios transmigrados.

La situación se empezó a estabilizar a partir de 1641. Después de producirse la destrucción de varias reducciones, la lucha de los indios misioneros dirigidos militarmente por los sacerdotes puso un freno a los cazadores de esclavos en la batalla de Mbororé. Los principales cambios terminaron con el traslado y ubicación de los pueblos procedentes del Itatín. Posteriormente, salvo Jesús, sólo se fundaron aquellos asentamientos cuyas comunidades resultaron desprendimientos de otras de gran crecimiento. Por esta época el sistema misionero ya tenía 36.190 habitantes.

Para los jesuitas la idea de ciudad estaba basada en el concepto aristotélico de que vivir en una forma de comunidad tenía que ver con la ley y la justicia, era la concreción de la ciudad de Dios. La idea de Pueblo-Ciudad implicaba la formación de un centro civilizador, pero este sentido no era excluyente de otras formas de vida relacionadas con la tradición cultural indígena.

El componente utópico de estos asentamientos estaba esencialmente sustentado por el uso del agua. Los guaraníes habían creído en los "dueños" de la naturaleza. El uso indiscriminado de los arroyos-todos los pueblos eran recorridos mínimamente por dos vías de agua-podía significar una intromisión o perturbación. Por esta razón siempre se buscó una readecuación del medio natural que continuaría siendo armónica con respecto a la cultura tradicional.

La actitud indígena de sentirse parte de la naturaleza formaba parte de una cosmovisión que hablaba de la posibilidad de acceder en vida a un espacio paradisíaco llamado la tierra sin mal. Por eso, en todas las reducciones, hubo imágenes análogas al Paraíso cristiano, como las propiciadas por los conjuntos de árboles frutales.

El pueblo-ciudad misionero era parte de un espacio urbano-rural. No hubo disolución de la continuidad entre una cosa y la otra. A lo sumo el cruce de un arroyo podía significar un límite administrativo. Pero dentro de esos márgenes coexistían los edificios del pueblo-ciudad y los corrales de los bueyes utilizados en las chacras o quintas con árboles frutales y hierbas medicinales.

La organización del territorio de cada uno de los pueblos o micro-región, salvo excepciones, se especializó productivamente en lo indicado por lo más apto, desde el punto de vista agrícola o ganadero, según el determinismo geográfico. En función de las características de las tierras se experimentaron diversos cultivos como algodón o tabaco y, si convenía, la formación de estancias o dehesas para todo tipo de ganado.

Asimismo, hubo intentos de implementar varias actividades industriales como la producción de telas, calzado, esculturas, platería u otras. El resultado de estos trabajos sirvió para el pago del tributo de la Corona Española.

La relación comercial de la región misionera con el sistema colonial fue amparada en todos sus aspectos por la Compañía de Jesús, el Oficio de Misiones hizo las veces de un mercado de trueque entre los pueblos misioneros, y de intermediario en la venta a los comerciantes españoles. Los pueblos misioneros a través de esta estructura, comerciaron con Santiago de Chile, Lima, Potosí, Asunción, Salta, Tucumán, Córdoba y Buenos Aires.

Hacia el 1700 el sistema misionero tenía 86.173 habitantes; cada pueblo contaba con entre 2.500 a 4.500 habitantes. Encarnación de Itapúa llegaba a 5.871 habitantes. A pesar de los esfuerzos de los misioneros, las dificultades para los indios crecieron una vez que inició la decadencia de la posición de la orden religiosa en la Corte. El sistema colonial ya podía sustentar a sus soldados y no necesitaba a los pueblos como presidios fronterizos. Por ello debieron pagar, cada vez, más tributos.

El desarrollo económico de las ciudades como Buenos Aires y posteriormente Montevideo, trajo consigo la competencia económica. Los indios misioneros producían la yerba caaminí a un precio que para los españoles y criollos era imposible de lograr.

Hacia 1750 el Rey de España decidió apoyarse en los comerciantes de las ciudades y dejar de proteger a los indios olvidándose de los servicios prestados por ellos. El tratado de permuta-la ciudad de Colonia del Sacramento a cambio de los siete pueblos misioneros al este del río Uruguay- y la consiguiente Guerra Guaranítica, como respuesta indígena, provocaron un nuevo deterioro a las comunidades. Los siete pueblos de la banda Oriental, objeto de la permuta, fueron los más perjudicados. Sus

cascos urbanos y las estancias fueron abandonados durante nueve años. En esta guerra los indios debieron luchar contra los ejércitos coaligados de España y Portugal.

Parte de la población fue retirada por la fuerza y utilizada por los portugueses para formar nuevos asentamientos con el fin de afianzar la apropiación de los territorios en disputa con los españoles. El desplazamiento de los indios de sus tierras es un claro antecedente de los efectos de una relocalización sobre los habitantes de un territorio. Los indios debieron abandonar la zona donde estaban enterrados sus antepasados.

Para España y Portugal la supervivencia de la región misionera sólo debía interpretarse desde intereses coyunturales de cada una de las monarquías. A pesar de todo lo sucedido, en 1759 el sistema misionero llegó a tener 104.184 habitantes; lo más importante fue que la experiencia jesuítico-guaraní constituyó el esquema de una relación posible entre una comunidad y un territorio. La naturaleza fue estudiada interesadamente. Para los jesuitas el medio entrañaba toda una serie de posibilidades que servirían para mejorar el hábitat de los indios.



Figura 2. Localización geográfica definitiva de los treinta pueblos jesuítico-guaraníes en la región Misionera.
Fuente: www.encyclopediademisiones.com

Conclusiones

Durante los siglos XVII y XVIII, los jesuitas cumplieron un papel importante dentro de la política territorial colonial española. Organizaron un conjunto de misiones destinadas a evangelizar e incorporar a la población aborigen a las actividades coloniales. Además, como las reducciones se instalaban en la frontera, permitieron penetrar en áreas hasta entonces no ocupadas por los blancos y asegurar el control de las mismas frente al avance de las potencias imperiales. El pueblo-ciudad misionero era parte de un espacio urbano-rural, en donde no hubo disolución de la continuidad entre una cosa y la otra.

La organización del territorio de cada uno de los pueblos, salvo excepciones, se especializó productivamente en lo indicado por lo más apto, desde el punto de vista agrícola o ganadero, según el determinismo geográfico. En función de las características de las tierras se experimentaron diversos cultivos como algodón o tabaco y, si convenía, la formación de estancias o dehesas para todo tipo de ganado.

La relación comercial de la región misionera con el sistema colonial fue amparada en todos sus aspectos por la Compañía de Jesús, el Oficio de Misiones hizo las veces de un mercado de trueque entre los pueblos misioneros, y de intermediario en la venta a los comerciantes españoles.

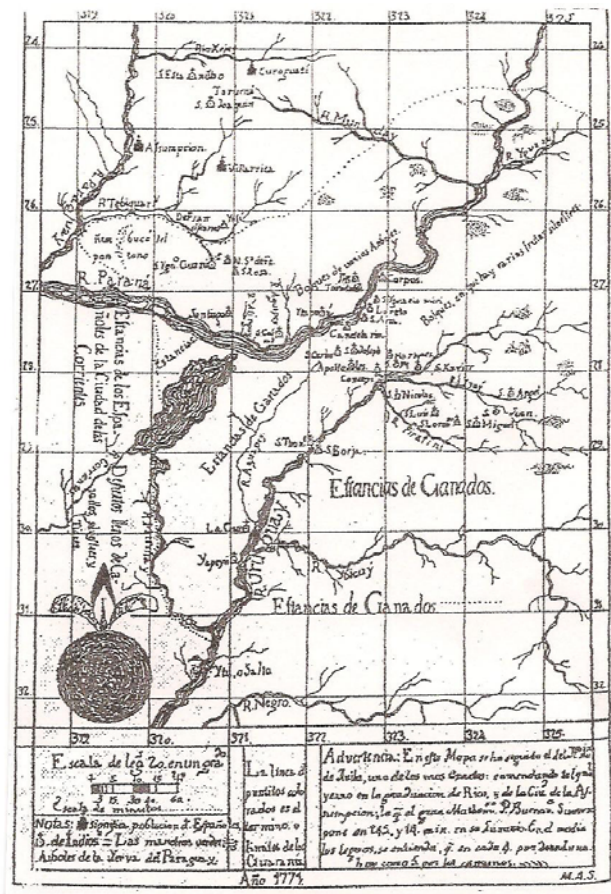


Figura 1. Mapa de la Región Misionera hacia el año 1771, elaborado por el Padre José Cardiel.
Fuente: Machón Jorge, Cantero Oscar. “Andrés Guacurará y Artigas”, Posadas-Misiones, Editorial Creativa, 2009.

Hacia el 1700 el sistema misionero tenía 86.173 habitantes; cada pueblo contaba con entre 2.500 a 4.500 habitantes. Hacia mediados del siglo XVIII, la Corona Española, comenzó a ver en la autonomía y segregación de las misiones la posibilidad de que los jesuitas formaron un imperio independiente. Así en 1767, decidió expulsarlos de territorios coloniales. A partir de ese momento, las misiones perdieron población, y la producción en materia agrícola y textil disminuyó. Este hecho significó el fin de un proyecto social-religioso sin comparaciones en el mundo y la desintegración de la región de las misiones jesuíticas.

Referencias

- AMABLE, María Angélica, Rojas, Liliana Mirta; Historia de Misiones. Tomo 1, Posadas, Ediciones Montoya, 1988.
- DE AZARA, Félix; Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y Misiones guaraníes, Montevideo, 1907.
- FURLONG, Guillermo; Cartografía Jesuítica del Río de la Plata, Buenos Aires, 1936.
- GUTIÉRREZ, R; Estructura socio-política, sistema productivo y resultante espacial en las Misiones Jesuíticas del Paraguay durante el Siglo XVIII, en "Estudio Paraguayos", Asunción, 1974
- KOHELER, S.J.; Los Tres Héroes de Caaró y Pirapó, Centro de Investigación y Promoción Científico-Cultural Instituir Superior del Profesorado "Antonio Ruiz de Montoya", Posadas, 1978.
- LEVINGTON, Norberto; Yacyretá, una nueva significación: La relación entre espacio y sociedad como consecuencia de la implementación de un megaproyecto, Buenos Aires, Entidad Binacional Yacyretá, 2007.
- LUGONES, L; El Imperio Jesuítico, Buenos Aires, 1906.
- ICOMOS-UNESCO; Las Misiones Jesuíticas del Guayrá, Buenos Aires, Manrique Zago Ediciones, 1993.
- MARGALOT, José Antonio; Geografía de Misiones, Bueno Aires, 1994
- PASTELLS, P.; Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay, Madrid, 1912-1949.
- PORTO, A.; Historia das Missoes Orientais do Uruguay, Río de Janeiro, 1943.
- RUIZ DE MONTOYA, Antonio; Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús em las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape, Madrid, 1639.
- STEFANUK, Miguel Ángel; Evolución de la Cartografía de Misiones, Posadas, Ediciones Montoya, 1991.